



FONDO
SALVADOR TOSCANO

A GUILLERMO PRIETO.

HERMANO:

Hoy se ha eclipsado por segunda vez para tí la estrella de tu buena fortuna.

Quería el Editor de *EL PARNASO MEXICANO* que este tomo fuese precedido de un prólogo de *IGNACIO M. ALTAMIRANO*.

Pero esto no ha sido posible, porque el erudito escritor, ocupado tal vez de otra obra, necesitaba algún tiempo para escribir la introducción de tu libro; el pórtico tenía que ser digno del admirable monumento que has levantado á la literatura nacional.

Y como el público está impaciente por leer tus versos, y el Editor no podía aplazar su oferta de darlos á luz, no quedaban más que dos caminos: ó se daban al cajista sin introducción alguna, ó se encomendaba ésta al que estuviera más á la manó.

Ese era yo: ya ves que el día en que acon-

teció esto no lo puedes señalar con una lámpara blanca en tu senda de gloria.

¿Sabes por qué, conociendo esto y apreciando lo que perdías en el cambio acometí la empresa?

Porque nadie lee los prólogos, y mucho menos los que yo escriba. Haz de cuenta que tu obra nada lleva en su carátula, y que quien la lea, pasando rápidamente estas primeras hojas, llega á contemplar admirado ese horizonte de luz que creó tu genio, esa espléndida aurora que brotó de tu alma de poeta.

Porque tus poesías, Guillermo, son una magnífica salida de sol.

Y me pesa que Altamirano no haya podido escribir un estudio sobre ellas, porque siento una curiosidad insaciable por saber qué siente con tus estrofas y qué piensa de ellas nuestro gran literato.

¿En qué género de literatura hubiera colocado tus producciones?

Quisiera yo tener su vasta erudición para poder suplirlo aquí ventajosamente; pero agotando mis pobres recuerdos históricos, esprimiendo mis cortas lecturas, yo no encuentro ni en el pasado, ni en el presente, un género de arte á donde clasificar el tuyo.

Dejemos, Guillermo, esas poesías magestuosas de la India donde se enseñaba la más absurda teogonía, donde la idea del dios único estaba envuelta en mil encarnaciones, en el perpétuo *avatar* de donde se produjo el politeísmo.

La flor de loto saliendo de un mar, en cuyas ondas de cristal se mece, encierra en su caliz á Brahma, niño aún que duerme con el dedo pulgar en la boca; pero el Dios crece hasta el cielo; interroga quién es el Dios conservador de lo criado, y brota de sus labios el espíritu azul, el *yo*, el *Verbo*, que constituye la segunda encarnación, como en la trinidad cristiana.

El huevo de oro roto en la última *calpa*, la azucena acuática, los elefantes, los dioses, todo el caos teológico de la poesía india, á donde mejor que en la poesía mosaica están indicados los períodos genésicos de la tierra, todo el panteísmo de los poemas del Thibet, nada tienen de semejanza con tu libro que tengo á la vista.

Pasemos adelante, para que no se diga que he hecho estas referencias pretendiendo aparecer como erudito, cuando busco tan solo á dónde encontraste las primeras fuentes de tu inspiración.

¿Sería en el arte egipcio, el primogénito de la civilización salida de las faldas de Himalaya?

Ese pueblo que no adoraba más que á la Muerte, con sus geroglíficos donde la estética griega encontró más tarde el bajo-relieve y la estatuaria, ese pueblo tan religioso, tan serio y tan sin imaginación, no dejó más que sus moles de piedra cortadas por el triángulo divino, y bajo las cuales sepultaba á un rey ó á un buey; todo es igual.

Sobre el florón de marmol brotado en las costas del Mediterráneo y que se llama la Grecia, zumbaron como las abejas que libaban la miel hiblea millares de poetas dulcísimos cuyos cánticos ondulan todavía en el espacio de los tiempos, sin que hayan podido arrebatarnos las tempestades de los siglos.

Mira, Guillermo, cómo sí nos hace falta Altamirano: él, que se sabe de memoria los clásicos griegos, ya habría encontrado á cuál de ellos te semejas al cantar las glorias de tu patria, y á quién has seguido en tus valientes himnos.

Los primeros poetas de la Grecia, como sucede en los pueblos que comienzan á formarse, no hicieron más que inventar dioses

en sus himnos: Lino, Orfeo, Amfion, Eumolpo, Melampo y Museo no fueron más que sacerdotes fundadores del politeísmo.

Después de la religión debía venir la moral, por eso vemos los versos dorados de Pitágoras cantarse en las solemnidades públicas.

La Grecia guerrera, la Grecia que en Troya aprendió á conocer su fuerza, mezclaba en sus combates y sus odios á los dioses: Homero canta entonces las glorias del Olimpo y las glorias nacionales.

Después vino Hesiodo, el cantor de la cabaña y del hogar, y después un silencio de dos siglos, durante el cual sólo surgen algunos poetas que modelaban sus cánticos por los de sus antecesores, y cuyas obras se perdieron como se pierden siempre las imitaciones en la literatura, y las copias en las artes.

Siguió el período de los gramáticos y de los retóricos: Stesicoro cortando la oda en estrofas y épodos, Calino dando la medida de la elegía, Arion descubriendo el ditrambo, ninguno de estos pudo darte, Guillermo, esa riqueza de imágenes que hay en tus versos líricos.

Un cantor popular tuvo la Grecia, Terpandro, cuyos versos cantaban hasta los segadores y las nodrizas; pero calcados al ca-

racter del pueblo griego, no son adoptables en su forma ni en su carácter á nuestra poesía propia.

Tú nos has escrito escolias como escribían los griegos para cantarlas en sus banquetes, con un ramo de oliva en la mano. No de tí, sino mas bien de Beranger se puede decir, que si no hacía himnos como los de Harmodio, ó canciones como las de Anacreonte y Alemeno, sí tenía en sus versos, como Mínermo, la indolente filosofía del placer.

Sin libros y escribiendo rápidamente cuartillas de papel que me recoge el cajista luego que están llenas con la pésima letra que forma mi mano paralizada, no puedo precisar bien mis recuerdos históricos; pero me parece que he llegado á la época de Píndaro, con quien muchas veces te han comparado tus admiradores.

Eso es, Guillermo, citar un nombre célebre y hasta eufónico, pero sin conocer bien al poeta que lo llevó.

Había pasado la guerra médica; los combates contra los Persas que habían despertado el espíritu helénico más levantado, habían concluido ya, y la epopeya, que entonces llegó á su mayor auge, comenzó á perder su valor.

Píndaro, el poeta dórico por excelencia,

apareció entónces: pero Píndaro, sospechado de afecto al extranjero, y de adicto al enemigo de la patria, no es un poeta lírico en la verdadera ascepción de la palabra: no hay en él inspiración, sino imaginación: es el descriptor sublime de los vicios y hábitos de la aristocracia, el narrador de las proezas de los antepasados, y el historiador de las fábulas y tradiciones.

En tu musa, Guillermo, hay dos géneros enteramente distintos y que solo tu gran genio podía abarcar.

Si te inspira el sentimiento nacional, traduces las santas pasiones de la patria, lloras con los dolores de ésta, lanzas un grito de combate en sus peligros, y levantas un himno de gloria en sus triunfos: entonces eres el mejor de nuestros poetas épicos.

Si te inspira el sentimiento individual, viertes una cascada de caricias sobre la esposa querida de tu alma, y cantas el rayo del sol poniente que ribetea el borde de la nube, el ramo de sauce que mece en dulce vaiven la fugitiva onda del arroyo, y el astro de la noche que se oculta enviando el último haz de su luz de plata á la aguja del campanario: entonces eres el más dulce de nuestros poetas líricos.

Después de Píndaro, nace y crece con un desarrollo sorprendente, el arte dramático: tú, Guillermo, jamás has escrito para el teatro, porque eres muy poeta para saber conocer el corazón humano.

Y perdona que desista de seguir estudiando las literaturas, y de ir buscando analogías entre tí y los poetas de otros tiempos y de otros pueblos.

Según Wolff, están clasificadas como obras clásicas, sin contar las de los autores sagrados, mil seiscientas, de las cuales mil doscientas pertenecen á la Grecia. Tú comprenderás si será fácil que haga yo un estudio sobre tan inmenso material cuando ni lo conozco, ni este prólogo me daría espacio suficiente para ello.

En esta empresa sólo una cosa clásica daría á conocer á nuestros lectores, mi ignorancia.

Privado, pues, como estoy de todo elemento de erudición, no me queda más que dejar que sin preparación alguna se lea tu obra, que bien merece la esbelta portada jónica que debió levantarle Altamirano.

Pero si me falta erudición, me sobra el sentimiento: es decir, que tengo lo que basta para leerte y comprenderte.

Porque á tí, Guillermo, como á todos los grandes poetas, se debe leer con el alma: el verso que no encuentra un eco en el corazón no penetra en las masas, muere entre las aprensadas hojas de un libro como las flores de un herbario, y no pasa á la posteridad.

Quisiera cortar aquí este prólogo, porque me siento arrastrado por el deseo de hacer recorrer al lector los períodos de tu vida de poeta, para que se vean las distantes fases de tu estro, y no me es posible extenderme más.

Con dolor guardo silencio frente á tus composiciones épicas: y no puedo insertar aquí algunas estrofas de aquellos versos con que levantabas el aliento de la Patria á la hora del conflicto, con que llorabas sus desastres, y con que ensalzabas sus victorias.

Hay en tu numen algo de los grandes ríos que brotando de veneros desconocidos, bajan de las altas cimas, recorren valles, campos y pueblos para ir á morir en el mar.

Como el Nilo que en sus inundaciones fecunda el suelo estéril del Egipto y da vida á una nación, tú has derramado en la tuya las ondas irritadas de tus nobles pasiones, y el pensamiento vivificador del amor á la Patria.

Con la majestad de la epopeya has cantado

la libertad de la República, y con las doloridas notas de la elegía has llorado la muerte del que tú habías arrancado de sus garras, de Juárez, ante cuyo cadáver gritabas:—«¡en pie, Señor!»—como si fueras á sacarlo vivo de la fosa.

Y no sólo defendías la causa que siempre defendiste, la de la democracia, con tu voz épica, sino que con el epigrama, con la poesía ligera y con el verso lleno de sarcasmo y burla, pusiste un estigma de fuego en la frente á los enemigos de la Patria.

Hay letrillas tuyas que azotaron como un latigazo á un clero infidente, á los traidores y á los fanáticos.

Tu canción intitulada *Los Cangrejos* fué la canción de guerra de los soldados de la Reforma, y al resonar sus estrofas marchaban irresistibles los desnudos hijos del pueblo, barriendo á los brillantes soldados de la religión.

Tú, Guillermo, con tus sacratísimas canciones diste la peor de las muertes, la del ridículo, á esa aristocracia de pega que nos dejó aquí la época colonial, á esa aristocracia ligada con todas las traiciones, mendiga de todos los despotismos, de rodillas frente á las dictaduras militares, temblorosa ante toda

idea de libertad, y refractaria á toda cultura y educación.

¿Qué familia podía ostentar su adhesión á Maximiliano y ser afrancesada después de tus versos del «*verno francés?*»

En el prólogo que pusiste á los dos tomos de tus «*Versos inéditos.*» dices que no quisiste recurrir al padrinazgo de un prólogo ageno por no comenzar pidiendo una limosna de alabanzas, como quien remite un album para que le digan piropos.

Entonces tenias razón, porque tú *editabas*, como se dice, tus propias obras. Pero ahora que nada tienes que hacer en la publicación de los presentes versos, y que á mí no me has pedido que te haga prólogo alguno, no tienes derecho á protestar contra las alabanzas que te he tributado y las demás que se me antoja dirigirte aquí.

Sobre todo, Guillermo, que tú á nadie necesitas pedirle limosna de alabanzas, porque, lastímese quien se lastimare, y aunque se ofendan las grandes vanidades de los pequeños escritores, digo y diré siempre que eres el primero, por no decir el único, de nuestros poetas nacionales.

De veras, Guillermo, que al escribir el párrafo que he copiado se trasparenta, tras una

modestia mal tejida, un arranque de legítimo orgullo.

No querías confundirte con los escritores noveles, ni con los aprendices de poeta que creen salvado su libro y que está reservado para la inmortalidad cuando alguno de los periodistas ó literatos reconocidos ya como tales, les firma un prólogo, como un *pase* para la gloria ó un *Visto Bueno* para la posteridad.

¡Y tú incidir en esa niñería!

Dejemos eso, y vamos á terminar este prólogo, que se ha hecho ya demasiado difuso.

Algunos renglones antes aventuré la aseveración de que para mí eres el primero de nuestros poetas nacionales. Déjame explayar esta afirmación, pues no quiero herir reputaciones literarias, tan justamente reconocidas.

Yo no digo que no haya habido ni haya entre nosotros poetas, y magníficos, que son la honra de México. Y en todos los estilos y en todos los géneros, la República ha tenido escritores que le han dado lustre y honra.

Y no te cito los de otros tiempos, porque tendría que insertar aquí una larga lista de poetas, de sabios, de oradores, de historiadores, de hombres de Estado, de periodistas y aun de novelistas y autores dramáticos.

Basta recordar tan sólo á aquellos que nos precedieron hace muy pocos años, cuyos nombres y cuyas obras aún no se traga el olvido, como Rodríguez Galván, Calderón, Carpio, Pesado, Luis de la Rosa, Lafragua, Zarco, Ramirez, Riva Palacio, Altamirano, Mateos, Justo Sierra, el divino Acuña, Plaza, Cuenca, Malanco, Sosa, Luis G. Ortiz, Negrete, Peza, Peón Contreras y otros cien á quienes ruego me perdonen si no consigno aquí sus nombres por la rapidez con que escribo.

Pero entre tanto genio, no encuentro uno cuyas obras tengan el estilo y el carácter fuertemente mexicano, para que sus autores merezcan el nombre de nacionales.

Como tampoco puedo hacer aquí un estudio de las obras de cada uno de los que te he citado, á grandes pinceladas te diré la razón por qué los juzgo como mexicanos ilustres, pero no como creadores de una literatura nacional.

Rodríguez Galván, ese gran genio sacrificado por el estúpido desdén de la sociedad en que vivió, que no perdía aún los rasgos de barbarie que le dejaron la dominación colonial, Rodríguez Galván tenía en sus magníficas producciones mucho del carácter de la literatura española de la decadencia.

Fernando Calderón, que era algo más mexicano en su estilo, fluctuaba entre Moratín y Bretón en sus comedias, y en sus dramas tiene enteramente un género español.

Pesado escribía en latín traducido al español, ó en español que quedaba en latín, como quieras, y se consagró al género religioso en la época precisamente en que la sociedad comenzaba á olvidar el eterno miserere con que el misticismo la había enervado y adormecido por tanto siglo.

Carpio es bellissimo, valiente, correcto y ricamente modelado. Pero en las líneas tan rectas de su estilo tan puro, se vé tan solo el talento con que las perfiló y se extraña la imaginación que debió inspirarlas. Carpio es un clásico español, no es un poeta nacional. Seguía las reglas de Virgilio que quería que el poeta produjese su obra deforme y áspera, para tocarla y retocarla y pulirla después, como la osa que pare á sus hijuelos monstruosos y cubiertos de pelo áspero, y á fuerza de lamerlos los deja lustrosos y brillantes.

Los escritores que han aparecido después, en su mayoría se filiaron en las distintas escuelas literarias de Europa, siguiendo su propio gusto artístico.

Es verdad que entre nuestros literatos con-

temporáneos se han destacado enérgicas personalidades, de líneas propias y originales, que nada copian de la literatura de ultramar.

Así es como Riva Palacio es el cronista de nuestra vieja era, el novelista de nuestra historia nacional, y el punzante caricaturista de nuestras deformidades políticas y sociales.

Así es como los versos de Altamirano, á pesar de que éste está empeñado en saturarse de helenismo, exhalan el aroma del líquen de la montaña, y traspiran los enervantes perfumes de las frutas y flores de la tierra caliente.

Así es como Mateos vierte á torrentes los tropos de su imaginación exuberante en esos períodos cortos, hiperbólicos, conceptuosos, que en esta época de envidias le han producido los honores de la burla, pero que más tarde le conquistarán el lugar que se merece en el aplauso de la posteridad.

Justo Sierra será siempre el condor que se levanta hasta el infinito batiendo sus alas de bronce y recogiendo en su inmóvil pupila los candentes rayos de un sol inmortal. Nosotros los pequeños que siempre tenemos un sarcasmo para los grandes talentos, romperemos nuestros dientes mordiendo las salientes asperezas del estilo de Justo y nos deleitaremos

en remarcar sus defectos; pero nunca concebiremos una idea como las concibe Sierra, que me parecen un bloc tallado por el brusco buril de Miguel Angel, ó una agua fuerte de Rembrandt, ó el "Ahorcado," pintado con sepiá por Victor Hugo.

¿Qué te parece, Guillermo, esta imitación del estilo de Justo Sierra? ¿Hay en esto algo que sea netamente mexicano?

Lo mismo podría decirte de muchos de nuestros poetas ó escritores. Pero quiero recordarte lo que allá, hace algunas años, reproducían aquí los estilos de los pocos poetas que tuvo España en el efímero período de renacimiento, cuando parecía que entraba á la cultura del siglo, cuando producía á Espronceda, Larra, Zorrilla, Bermúdez de Castro, Mesonero Romanos, Don Modesto de la Fuente y otros, y antes de que volviera á caer en su habitual decadencia y á tal atraso que llegara á tener un Perez Escrich y un Echeagaray.

Y hoy, Guillermo, quién de nosotros no está criado en la escuela francesa?

Muchos de los que nos atrevemos á escribir para el público no valemos lo bastante para merecer figurar en grupo literario, ni tener los honores de una crítica.

Otros verdaderos talentos que honran á México, piensan y escriben en francés.

Algunos nada más se toman la molestia de traducir á Arsenio Housaye ó á Julio Claretie y de poner al calce modestamente su firma.

Un poeta que haya trocado las tradiciones patrias, las leyendas del suelo, los combates de la raza, las costumbres del pueblo, su dialecto, sus trajes, sus vicios, sus hábitos, sus creencias y sus pasiones, sólo eres tú.

Dentro de medio siglo quien lea á Peon Contreras creerá que fué un poeta, y de los mejores, de Madrid. Dentro de medio siglo, el que lea á Juan de Dios Peza, tan dulce, tan fácil y tan fecundo, pensará que fué un vate europeo.

En el siglo venidero, los preciosos versos de Luis G. Ortiz se tomarán como versiones de algún clásico de la liberta Italia.

¿Y Facundo? ¿tú sabes quién es Facundo? José T. de Cuellar, á quien tengo que consagrar unas cuantas líneas, porque es uno de los pocos que han producido obras enteramente nacionales.

José T. de Cuellar ha pintado algunos cuadros admirables de costumbres mexicanas; su "*Linterna Mágica*" es una perfecta cámara fotográfica donde ha sacado cuadros sociales

de una verdad sorprendente, como el de la procesión de la Merced en "*Chucho el Ninfó*," y las "*Posadas*," y tipos exactísimos como el del *Gran Actor Nacional*, y otros.

Pero Facundo ha consagrado sus pequeños artículos á la clase media desdeñando al lépero, al pueblo bajo, á esa gran masa que imprime su caracter á una nación, y le da su propia fisonomía.

Te dejo, pues, el título de nuestro poeta nacional; al fin en esto no hago más que repetir el juicio del país entero.

¿No sientes, Guillermo, que un viento de gloria agita ya tus canas venerandas, y que una ráfaga de inmortalidad comienza á cintilar sobre tu inspirada cabeza?

Si me ha preocupado el respeto que me inspira tu vida consagrada á la Patria, si influye en mi juicio el afecto que me engendran tus trabajos en la Reforma, de la que fuiste uno de los apóstoles, si me arrastra la admiración que me causa tu genio, y si me arrebata el cariño que te profeso, que te juzgue México que se ha encarnado en tí, y de cuya alma tú eres el cantor.

Tu hermano.

HILARIÓN FRIAS Y SOTO.

GUILLERMO PRIETO.

(FIDEL.)

EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS DE LA ESCUELA DE CIEGOS.

¡Huérfanos de la luz, alzad la frente
Que en vuestra eterna noche alumbra el día!
¡Esa que creis tiniebla, que del mundo
Parece segregaros, es un velo
Con que protege el ángel de la vida
Con misterio profundo,
Vuestro existir que pertenece al cielo!
Es oscuro vacío
En que el Eterno impera,
Y en que pura la augusta inteligencia,
Como un sol para el alma reverbera.

Como el beso que imprime en vuestro labio
La fresca linfa de la amiga fuente
Así es la luz. Cual tierna melodía

Que vibrando en acentos de ternura
 Consuelo al alma envía,
 Embriagada de dulzura,
 Y hace temblar al pecho enamorado
 De infinita alegría;
 Así es la luz. Como de errante aroma
 La apacible caricia,
 Como arrullo de tímida paloma,
 Que requiebra al amado con delicia,
 Como llega á vuestra alma entusiasmada
 Este rumor del íntimo contento,
 Así es la luz. . . . y los que en negra sombra
 De los hombres recorren el camino,
 Verán mas bella trás su triste noche
 La luz divina del eterno día. . . .
 Aquí infirmes en lóbrego aislamiento
 Cadáveres de pié, perdidas aves,
 Sin rumbo al estallar de la tormenta;
 Agua sin cauce, yedra sin arrimo,
 Triste niñez sin brisas y sin flores,
 Con la existencia en prolongada tumba
 De llanto y de dolores. . . .
 ¡Oh, no, vendrá la ciencia,
 Vendrá el amor, y con ardiente anhelo
 Lucharán nobles con la suerte impía,
 Y llegarán á penetrar osados
 Donde no pudo penetrar el día!
 Vino la ciencia y en el punto leve,

Que en su ingeniosa percepción emplea,
 Hace que palpe el ciego sorprendido
 La facción atractiva de la idea.

Vino la ciencia, al dedo diligente
 Traslada la púpila penetrante
 Y en extásis profundo
 Mas grande que Colón de entre las sombras
 Audaz conquista para su alma el mundo.

Vino la ciencia. . . . y los trozados lazos
 Con que á los hombres le ligó el destino
 Reanuda; ¡ sus hermanos se incorpora
 Y en santa comunión con los mortales
 Le da el saber su copa bienhechora.

Y sutil el amor; sagaz desplega
 El ala de las dulces armonías,
 Y sus tiernos suspiros y sus quejas,
 Y sus sueños informes y lamentos,
 Como seres palpables, cobran vida
 Y flotan deliciosos en los vientos. . . .

¡Sublime caridad! madre amarosa
 Del que llora en doliente desamparo,
 Limpio raudal que corre refrescando
 Los labios que se abrasan de tormento!
 ¡Sublime caridad, cuna del niño,
 Faro del hombre, apoyo del anciano,

Cual resplandece tu sagrado fuego
 Cuando te adoro como luz del ciego!

¡Venid! mirad resucitar las almas. . . .
 Envueltas en las sombras pavorosas,
 Como arcángeles réprobos. Con gozo
 Ved en las manos vencedoras palmas,
 ¡Ved en las frentes virginales rosas!
 Hosana al bien que arrebató al destino
 La negra venda que al cadáver de alma,
 Que en mortaja de vida se envolvía,
 Dió la luz del saber que al triste aliento
 Que formulaba maldición y queja,
 Prorrumpir hizo en cantos seductores
 Y tornó el pecho, abismo de dolores,
 Y presa de agonía,
 Nido de deliciosos ruiseñores
 Que dulces trinan cuando muere el día.

¡Triunfa padre infeliz! ¡Victor, contento,
 Tú que miraste al hijo de tu sangre
 Sin luz y sin abrigo,
 Como sombra terrible del tormento
 Condenada al suplicio del mendigo!

Tú que temblabas de fijar tus ojos
 En la lápida humana que encerraba
 A tu hijo vivo, para el mundo muerto,
 Y te hirieron cual dardo sus caricias
 Y te hundió en el dolor su paso incierto.

Bebe sus triunfos. . . . ciñe sus coronas
 Empápese tu sér en sus delicias,
 ¿Será que lo que creemos la tiniebla
 Es luz para el espíritu? ¿Es acaso
 En la región del alma ese vacío
 Ignorado existir? ¿Es que la vida
 Torna la espalda al engañoso mundo,
 Y en el misterio al ciego perfecciona,
 Y en su idea el Eterno se aparece
 Y en otros mundos que pintar no sabe,
 Como un sol de esperanza resplandece?

Si esa región existe, como existe
 En vuestros rostros pura la alegría,
 Si á esa región de amor vuela vuestra alma
 Entre las sombras sin dejar el suelo,
 Allí ensalza la patria, allí con llanto
 Pedid por ella al Hacedor del cielo.
 Allí elevad los tiernos corazones,
 Y en cánticos sinceros
 Ofreced ardorosas ovaciones
 Al bendecido nombre de Trigueros.
 Viejo, herido de acerbos desengaños,
 Con sombras de dolor sobre la frente
 Que salpicaba el hielo de los años,
 Sus hijos os llamó y en vuestros triunfos
 Flores de su ternura. . . .
 Era pompa y encanto de estas fiestas
 Su llanto de ventura. . . .

¿Si pudiérais mirar unos instantes
Lo que estoy viendo yo? . . . Los circunstancias
Se agrupan; por miraros os rodean
Y en mirar vuestros triunfos se recrean;
La esbelta dama y el doncel garrido,
El tierno niño, el encorvado anciano
Viven de vuestra vida de ternura,
Y sienten que se escapa de sus ojos
Lágrimas de piedad y de ventura.

La madre diligente
Lleva á su hijo á su seno y os señala
Cual quien le dice: "quíerelo alma mía,"
No conoce á quien le ama
¡Para ellos, oh dolor, no alumbra el día!

La alma va á vuestras almas y contempla
Vuestros ensueños de inocentes niños
De vuestras gracias las tempranas flores,
De juventud las galas esparcidas
En un abismo de miseria y duelo.

¡Y quiere hablar y enfrena la blasfema
Misterio impenetrable; pero llora
Por vuestra suerte; aunque el misterio adora!

.....

¡Omnipotente Dios! Tú que eres fuente
De amor y de bondad; da á nuestras almas

Tesoros de ternura, y que se viertan
En el seno infeliz de los que gimen!
Perfecciona estos séres de las sombras,
Que el saber los redima, que el contento
De sus pupilas desterrando el lloro,
Recorra sus tempranos corazones,
Como una alegre nota los cristales
Palpitantes del tímpano sonoro.

México, Enero de 1879.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA

ESTHER TAPIA.

No conozco tu faz, no de tus ojos
 El brillo seductor; más la armonía
 De tu angélica voz, tierna vibrando
 En suspiro de dulce poesía,
 Á mí llegó, cuando terrible el hado
 Desatando los rayos de la suerte
 Presentaba á mi sér atormentado
 Nubes de sangre, y proscricción y muerte;
 Cual viajero perdido
 Entre las quebras de la selva oscura,
 Le detiene un momento
 La ave que trina en el oculto nido,
 Y que le hace olvidar su desventura
 El eco amante del sentido acento. . . .

No conozco tu faz, tu voz divina,
 Aroma errante, embelesó mi mente,

Porque así han de cantar los serafines.
 Al sentirla exclamé: Flor delicada
 De Michoacan mecida en los jardines:
 Besos te da la brisa regalada;
 El sol placer, sus lágrimas la nube,
 Pompa y coronas la risueña aurora
 Y gozo el colibrí que te enamora. . . .

Quise mirarte, encantadora estrella,
 Y tus encantos percibí á lo léjos,
 Cual de astro que traspone el horizonte
 En el azul del cielo los reflejos.

Yo palpité, te adivinaba mi alma,
 Y luego en medio á mi constante vida,
 Luchando con la suerte ó en la calma,
 Se escuchaba tu voz, repetí ardiente:
 Esa es mi voz querida,
 Y cual voz de la patria al extranjero,
 Como una flor del suelo de la cuna,
 Como amigo lucero
 Que el rumbo indica de soláz y abrigo,
 Voló á tí mi alma y me llamó tu amigo.

Tú, barca empavesada en la bahía
 Con remos de oro y ricas banderolas,
 Te meces palpitando de alegría
 Entre los brazos de las mansas olas.

Yo, maltratado barco, de los vientos
 Juguete sin cesar, ó el arrecife
 A perdición oscura me condena,
 O me conduce al puerto la fortuna
 Al parecer inútil en la arena.

Envuelta en sedas y entre la alta espuma
 De voluptuoso encaje,
 Alzas erguida el arrogante cuello,
 Cual garganta de cisne entre el oleaje;
 Forma á tu frente angusto cortinaje,
 Al lado de tus sienes, tu cabello,
 Que el viento aparta en amoroso halago,
 Y se mira tu faz, como el ramaje
 Deja mirar al trasparente lago.

Así te pinta el arrobado joven
 Que oyó en tu seno respirar la lira,
 Gloria de los garridos trovadores,
 Y te proclama reina de las gracias,
 Del canto arcángel y verjel de amores.

¡Ay! esa lira quemará tu seno;
 Joya al verla divina, es áscua ardiente;
 Flor hermosa es un caliz de veneno;
 Aspid sediento, lo alimenta el llanto;
 Patrimonio de gloria y de grandeza,
 Solo con la corona del quebranto
 Hace inmortal su mágica belleza.

¿Sentir? ¿amar? ¿creer? niña infelice
 ¿Por qué no entre la turba te levantas
 Con tu guirnalda de fragantes rosas,
 Y el juego animas y la danza encantas,
 Y haces del mundo distracción y juego,
 Como otras mil hermosas
 Que tienen los amantes á sus plantas?

¿Sentir? ¿amar? para que llegué un día
 Que lleve la ilusión hoja por hoja
 Del desengaño horrible la corriente,
 Y cuando tú, vencida de congoja,
 Y cuando herida de vejez tu frente
 Y ya agotados de llorar tus ojos,
 Y ya perdida en delirar tu mente,
 Y seca y mustia de gemir tu boca,
 Ante tí pase el mundo indiferente
 Y diga con desprecio: ¡pobre loca!

¡Pobre loca! soñaba en la ternura,
 Y hoy la demencia su razón empaña:
 Su amante recordaba su hermosura
 Al tronar los tapones del champaña.

¡Pobre loca! buscaba fe constante
 Y se fió en el amor; niña inocente,
 Creyó un palacio al fin de su camino,
 Y era polvo en columna que elevaba
 Inquieto remolino.